

Raúl Anguiano: el hombre, el pintor

El fin de la Jornada

LUZ GARCÍA MARTÍNEZ

A Brígita Anguiano, con todo mi cariño

Todo lo que hay en el universo, este presente o en fantasía, él (pintor) lo guarda, primero en el espíritu y después en las manos, y éstas son tan extraordinarias que producen la misma armonía de proporciones comprimida en una única escena y un único instante, que el modelo verdadero y visible.

LEONARDO DA VINCI

Este universo de realidad y fantasía, lo guardó primero en el espíritu y después en sus manos, un artista universal: Raúl Anguiano. Él fue un gran artista, como lo señaló el muralista Guillermo Ceniceros, que atesoró para sí algo extraordinario: el monopolio del asombro. Nació dotado de un sentido extraordinario para jugar con las formas de la realidad objetiva, de la imaginación, del intelecto y del espíritu. Dibujaba del natural todos los días ya sea con modelo, en la calle, en el avión, en una iglesia, en un zoológico, etc., porque consideraba el dibujo como la base del arte.

Le fascinaba viajar, su religión era el arte y sus templos, los museos del mundo. Hijo primogénito de José Anguiano Peña y de Abigail Valadéz, nació el niño Anguiano en Guadalajara, el año de gracia de 1915. “Cierta vez mi padre me dijo que yo era un soñador y yo le dije que todo lo que se realiza antes que nada es un

sueño, las utopías se realizan, pero primero se sueñan.”

Y el soñador Anguiano desde los 17 años, empieza su labor magisterial dando clases de dibujo en escuelas primarias de Guadalajara; alternaba este trabajo con la práctica de la pintura y el dibujo en un estudio que alquilaba en una casa propiedad del anticuario Chucho Reyes. Ya en la ciudad de México, fue maestro fundador de la Escuela de Pintura y Escultura La Esmeralda

¿Quién era Raúl Anguiano?: A sus 90 años parecía ser un hombre feliz, a pesar de estar siempre preocupado por los problemas sociales, ciertamente era un hombre feliz. Con un excelente aspecto físico, tenía la virtud de recuperar sus recuerdos de la infancia, hacerlos realidad y comprobar que la mayoría seguían estando vivos: podía reconstruir cualquier día de su infancia, el camino de las calles de Guadalajara hacia su escuela, el sonido de las campanas de la Catedral y las plegarias de los devotos en Semana Santa.

Su obra tiene elementos portentosos: la tradición y la novedad, sus raíces en lo mexicano y su trascendencia al arte universal. No idealizaba su vida ni su entorno y si a veces lo parecía, quizá lo hacía inconscientemente. Bien decía Rafael Alberti: “todo aquello ligado a la infancia, con el paso del tiempo lo amplías dándole más belleza.” Anguiano conoció al poeta, cuando éste vino a

México, durante la Guerra Civil Española. Y Anguiano miró al arte de una forma diferente a los demás y al igual que Alberti que siempre tuvo perros y algún gato, a casi todos ellos les escribió poemas porque decía que se lo merecían, Raúl también hizo innumerables dibujos y grabados de Tajín, su querido perro azteca.

En 1934 realizó su primera exposición individual en el Palacio de Bellas Artes, intitulada *Temples, Dibujos, Acuarelas*, junto con Máximo Pacheco. Raúl presentó temas relacionados con las fábricas, de fuertes escenas que presencié en la ciudad como fue el movimiento obrero. En 1935 ingresó a la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), que era un centro cultural de intelectuales y artistas de distintos partidos.

Fundador junto con otros artistas del Taller de Gráfica Popular, realizó la primera litografía que fue precisamente el retrato de Emiliano Zapata, con la mira mística de un ser predestinado y su lucha por la tierra.

De la Escuela Mexicana de Pintura emergen personalidades únicas como lo es el caso de Raúl Anguiano. Cierta vez cuando Diego Rivera pintaba los murales de El Palacio Nacional, le preguntaron: “Diego, ¿quién va a continuar la Escuela Mexicana de Pintura?”, y contestó: “Alfredo Zalce, Pablo O’Higgins y Raúl Anguiano.”

Sí, Raúl Anguiano continuó con la tradición del muralismo y además fue ilustrador de escritores y poetas, tiene en su haber junto con Jorge González Camarena las primeras portadas de los libros de texto gratuitos editados por la Secretaría de Educación Pública (SEP). Anguiano realizó para la portada del texto *Mi libro de segundo año*, 1960, un óleo sobre tela con las imágenes del cura Miguel Hidalgo, sosteniendo una antorcha, junto a él está don Benito Juárez y de perfil, Francisco I. Madero, personajes que tienen como fondo la bandera nacional.

Anguiano: el artista de dos milenios

¿Quién fue Raúl Anguiano, este artista incansable de dos milenios, que guardó sus vivencias, primero en el espíri-

tu y luego en las manos, como dice Leonardo Da Vinci, uno de los artistas más admirados por Anguiano?: “Me ha tocado vivir gran parte del siglo xx y estos inicios del xxi. A veces se me olvida la edad que tengo, por eso es tan importante la memoria de un pintor, que debe plasmarse además de la obra artística, en documentos, que es lo que va a quedar para las futuras generaciones.”

Memoria para comprender las razones, la personalidad y el estilo de un artista. “El creador sincero sólo se dedica a expresar y capturar su tiempo, su país, su aldea. Su obra debe tener una raíz nacional, lo que no significa negar su inspiración en el arte universal. Después de tanto camino andado, lo único que me puede hacer más feliz, además del Premio Nacional de Ciencias y Artes 2000, es crear el Museo Anguiano en la ciudad de México.”

En el año 2002 viaje al sur del país, conocí el mundo maya, Palenque, Comalcalco, Yaxchilán, Dzibanché, Tulúm y especialmente Bonampak. Deseaba adentrarme en ese ambiente misterioso que definió en forma definitiva el arte de mi querido maestro. Al llegar a Bonampak, 52 años después de la estancia del pintor, lo primero que vi fue a dos niñas lacandonas columpiándose de las lianas de una ceiba de más de 30 metros de altura. La más pequeña, quizás de cinco años, con grandes ojos rasgados y de una intensa negritud, miraba con tristeza y melancolía, iluminando la palidez de su pequeño rostro desnutrido, cuyos cabellos largos y lacios me recordaron a Ko y Na Kin, adolescentes lacandonas que el artista immortalizó en múltiples obras, donde se destaca el célebre cuadro de *La Espina*, 1954.

El vaivén de las niñas en las lianas y el extraño e impactante rugir de los monos saraguatos, en esa calurosa mañana, parecían semejar un majestuoso escenario que en otro tiempo asombrara a Raúl Anguiano. Subí las escalinatas del templo, donde están los frescos de Bonampak, ahora muy deteriorados por el uso indebido de las cámaras fotográficas. Admiré las escenas de los

músicos, de los sacrificios y mutilaciones en los murales que tanto impresionaron al maestro. A la entrada de las ruinas, en una pequeña placa, se anuncia quienes las descubrieron y el nombre de Raúl Anguiano, está entre ellos, quien considera que los frescos de Bonampak son el ejemplo más importante de la pintura prehispánica conocida hasta nuestros días. Recientemente el artista señaló: “algún día veremos que esta mujer se sacará la espina y la herida cicatrizará, pues los indígenas en México todavía son discriminados.

Un adiós al maestro

El anterior texto es parte del libro Raúl Anguiano, La imaginación de un artista, de próxima publicación, una obra que fue revisada y comentada con el pintor hasta los últimos días de 2005 que pasó en México y cuyo prólogo escribió René Avilés Fabila.



Raúl Anguiano

En el epílogo escrito por el propio artista, señaló: “Este libro es el honesto resultado de más de nueve años de conversar con la periodista y escritora Luz García Martínez. Es diálogo entre el pintor y la escritora, una muestra de la fructífera comunicación entre personas diferentes en edad, vocación y género, que se dan cita para compartir, legar y heredar conocimientos y experiencias de vida, para después expandir el diálogo al resto de la humanidad, de mi vivencia entre dos siglos, el xx y el xxi, cuando pronto cumpliré 91 años de vida. Aprender y crear son los signos o destinos de mi vida como artista, a estas pasiones me he entregado para ser quien soy: Raúl Anguiano. El hombre, el pintor. Coyoacán, Junio de 2005.”

El último día que pasó en México, antes de partir a sus vacaciones de invierno en California, desayuné con Raúl Anguiano y René Avilés Fabila aquí, en el legendario barrio de Coyoacán. A la vuelta de su casa, en el “Aranzazu” a donde iba cotidianamente, acudimos una fría mañana. Habló de este libro y de lo importante que era para él su publicación, además de que pronto cumpliría 91 años de vida.

El maestro regresó a México el jueves 12 de enero del presente año, ya enfermo. Murió al día siguiente, en el Hospital Central Militar cerca de las diez de la noche, al cuidado siempre de su amorosa esposa Brigita y de sus hijos Carmen, Marina y Pablo. Incansable en la lucha por la vida, el maestro Raúl Anguiano no resistió más. Se ha ido el “niño Anguiano”, “el pequeño Rafaelito”, el último muralista de la segunda generación de la Escuela Mexicana de Pintura.

Raúl Anguiano recibió un homenaje en cuerpo presente en el Palacio de Bellas Artes. Velarlo en este recinto fue emotivo, el artista regresaba al lugar al que tantas veces había acudido y el aplauso de despedida fue elocuente. Hoy sus restos reposan en el Panteón Jardín, bajo una hermosa cripta que preside una enorme magnolia de concreto, la flor que más le gustaba.

Se que ya no lo veré los fines de semana como lo fue durante más de una década. Década de encuentros que se transformaron en intensos diálogos y en un trabajo constante de investigación sobre la vida y obra del artista, plasmados en el libro Trazos de vida de Raúl Anguiano (Instituto Politécnico Nacional, Fundación Alejo Peralta, 1998) y el catálogo Raúl Anguiano, La imaginación de un artista, (CIC; IPN, 2003).

En el año 2003, realicé en el Centro de Investigación en Computación del Instituto Politécnico Nacional, una exposición homenaje al pintor por sus 88 años de vida. Recuerdo su enorme interés por la exposición que inauguró el programa cultural “Códice CIC: La ciencia, la cultura y el arte” que lamentablemente ya no se realiza.

Para Anguiano exponer en el CIC-IPN fue muy importante y expresó: “Hace 40 años, en la UNAM, me nombraron miembro de un jurado de la Facultad de Ingeniería, para un concurso de artes plásticas y dije esto: los felicito porque no están mutilados, no solamente les interesa la ciencia y la tecnología, sino también el arte y las humanidades. “La imaginación de un artista”, es mi tercera exposición en el IPN. En 1936, en el casco de Santo Tomás, en unos edificios que ya desaparecieron, Roberto Reyes Pérez, Jesús Guerrero Galván, Máximo Pacheco y yo pintamos un mural colectivo, cuando inauguró el IPN, el maestro Juan de Dios Bátiz, en la época del general Lázaro Cárdenas. La temática era el movimiento obrero, el movimiento magisterial, la educación, etc. Recuerdo haber pintado retratos de líderes estudiantiles y un obrero con una mano monumental. Por ello, me considero un artista pionero en el Instituto y esta exposición en el Centro de Investigación en Computación del IPN, demuestra un interés primordial no sólo por la actividad científica, sino por la cultura y el arte.”

Sé que ya no lo veré pintar frente al óleo o jugar con el querido Tajín, “su chaparrito”, a quien salíamos a

pasear en éste, su queridísimo barrio: Coyoacán, donde vivió más de 30 años. Se que mi querido maestro se ha ido para siempre, pero como bien dijo su hijo Pablo: “El arte es espíritu, quedémonos con su espíritu”. Espíritu que se eterniza en obras como lo es esta hermosa escultura realizada por Glenda Hecksher y que preside a partir el parque Aurora, lugar que formará también parte de sus memorias.

De los libros que en México leyó Raúl Anguiano por última vez, esta uno de Charles Baudelaire, donde el pintor subrayó con tinta el poema “El fin de la jornada”:

Bajo una luz descolorida
va haciendo muecas sin razón
la impúdica y chillona vida.
Por eso, al llegar la ocasión.

de la noche voluptuosa
en que todo, aun el hambre, se aquietta,
embozándose pudorosa,
“¡Ah, por fin! –se dice el poeta–;

me voy boca arriba a acostar
y en vuestros velos a ocultar,
¡oh tinieblas de mis amores!”

Y sí, mi queridísimo maestro Raúl Anguiano, “al llegar la ocasión”, se fue “boca arriba a acostar”, a la infinitud del mar. En California, su última obra fue un pequeño óleo con una puesta de sol, la cual ya no alcanzó a firmar y que simboliza el paso a la eternidad de un ser maravilloso que dejó su vida y su obra en el arte universal: el maestro Raúl Anguiano. Gracias a todos por su presencia. 🖼️

Texto leído en la develación del busto de Raúl Anguiano, realizado por Glenda Hecksher, en el parque Aurora, en el barrio de Coyoacán, el pasado mes de febrero.